

Por aquí
todos
bien



“Por aquí todos bien”



Periodista, narradora, poeta y profesora jubilada de La Universidad del Zulia, por pudor prefiere mantenerse en el anonimato. Le avergüenza hacer pública su desventura en una ciudad que ya no es para humanos. Las cosas más sencillas, tanto como bañarse, abastecerse de gasolina, leer un libro bajo la lámpara y relajarse con una película son una bala perdida en la Maracaibo del siglo XXI



MARUJA DAGNINO

Mayo de 2020.- “Cada vez que me piden que hable de cómo vivimos la situación venezolana los que estamos aquí, específicamente en Maracaibo, se me vienen dos imágenes recurrentes: esas películas nor-

teamericanas de guerra en las que un veterano regresa del combate y ha visto cosas muy horribles en el frente. Cuando se reencuentra con su familia, que no ha vivido nada de eso, le es imposible hablar de lo

que le pasó y solo puede conversarlo con sus compañeros de trinchera”.

“Yo siento que es un poco inútil explicar lo que nos pasa a quienes no han vivido lo que nosotros aquí, primero porque los contaminas con un dolor muy fuerte y, porque crees -a lo mejor es arrogancia de uno- que son incapaces de entender las dimensiones de lo que está pasando. Esto sin querer decir que nuestra tragedia es inédita, pero así es el nivel de trauma que uno llega a sentir”.

Así introduce su tragedia, que es la de una ciudad devastada. Pese a que fue pionera de la industria petroquímica y el oro negro brotaba del suelo con su promesa de hacernos ricos, también es cierto que el Zulia dio más petróleo que alegrías, pero nunca tanta desesperanza como hoy.

Casas vacías denuncian una estampida. calles desiertas y a oscuras son cuevas de rateros y toda suerte de parásitos que se alimentan de la miseria de otros.

Maracaibo ha devenido en una ciudad fantasma donde el agua es una quimera, se cocina con leña y la cotidianidad es un triturador de desperdicios del que no puedes escapar. Más o menos de eso nos habla ella.

“La segunda imagen en la que pienso -continúa- es que hace un tiempo leí un reportaje sobre unos científicos norteamericanos que entraron a la Rumania de Nicolae Ceaucescu, que había tenido una política casi de obligar a las personas a tener hijos para repoblar el país. Y cuando esta gente entró en los orfanatos, en plena depresión, se encontraron grandes salas llenas de bebés y una cosa insólita: un completo silencio, aunque los bebés estaban vivos. La conclusión a la que llegaron estos médicos es que no lloraban porque ya habían aprendido que no servía para nada. Nadie los iba a venir a cargar. Nadie los iba a consolar, nadie los iba

a atender. Algo de eso uno siente cuando está hablando de lo que pasa en el país, y al mismo tiempo siente una especie de culpabilidad porque pretende pensar que hay gente que la está pasando peor -y efectivamente hay gente que la está pasando muchísimo peor- fuera del país y también dentro del país”.

“Pertenezco a esa exclase media que hoy simplemente vive de los coroticos que pudo haber adquirido en el pasado, antes y después de que llegara el huracán. Eso de siempre sentirte mal porque hay gente que está peor también te pone hasta las narices, porque quería decir que lo que uno siente no es válido. Y también porque esto es la negación aspiracional. Tú no tienes aspiraciones y tienes que callarte porque hay quienes la están pasando peor”.

Desafíos cotidianos

Escrupulosa y prolija en la descripción de sus jornadas, con una voz inquebrantable y gutural, libre de acento, como una equilibrista de la emoción, relata una vida de opresión, pero evadiendo la queja.

“Las principales coordenadas de la vida mía están regidas por luz y agua, y por supuesto, internet entra en la ecuación. El agua organiza o desorganiza el día. Si hay agua de las tuberías, que viene por Hidrolago, y puede ser cada diez días, pero a veces cada quince, es una especie de zafarrancho. Todo el mundo tiene que salir a llenar potecitos, tobos, tanques que haya en casa, porque nunca sabes cuánto va a durar y tampoco sabes cuándo va a venir. Tú estás a expensas de que alguien decida ‘hoy te vamos a dar agua’.

“Después, tengo que lavar toda la ropa de tres personas, incluida la lencería: sábanas, toallas, todo a mano; dejar de lado lo que tenía planificado y dedicarme simplemente a lavar. La lavadora se me echó a perder hace

dos meses, y no se encuentra el repuesto. Luego a lavar los baños, limpiar la casa, fregar los platos, pasar el lampazo (mopa), todo eso a la carrera. Esa agua puede durar unas horas, puede durar un día, a veces dos días y medio cuando tenemos mucha suerte, y entonces dependemos del agua del edificio, que dura unos cuatro días poniéndola media hora por las mañanas, muy temprano. Eso significa que desde el día que se fue el agua, a las 6:30 todo el mundo se levanta desafiado a llenar todos los potecitos que se gastaron el día anterior, a bañarse rápidamente, a hacer todo lo que se pueda con el agua en ese momento. Y así empieza tu día”.

“Cuando el agua se va empieza tu día tal como lo hayas podido organizar, si es que eso fuera posible. Y después de esos cuatro o cinco días que nos dura el tanque del edificio estás a expensas de lo que tengas almacenado en tu casa. Potes, tobos, potecitos, botellas. Te lavas rapidito, te bañas rapidito con un potecito. Algo tan sencillo como ducharse es muy complicado en estas circunstancias. Los baños empiezan a apestar, porque estamos acostumbrados a que si solo orinaste no bajas la cadena hasta que haya suficiente acumulado. Limpiar la poceta es un dispendio lujoso de agua”.

“Una vez que he salido de ese primer trauma de limpiar, recoger, lavar, bañarme, debo ayudar a bañarse a mi mamá. Si no hay agua de la calle significa calentar una olla para que, por lo menos, esté templada, llevarla para el baño, y todo lo que significa esa logística. Y después quedas a expensas de la electricidad”.

“Ese es mi primer desafío del día”, concluye.

Maracaibo es de por sí una ciudad caliente y húmeda. Entre 43 y 44 grados ha estado haciendo esta temporada. No poder bañarse es una crueldad, y esta mujer de 55 años forma parte de los millones de personas que

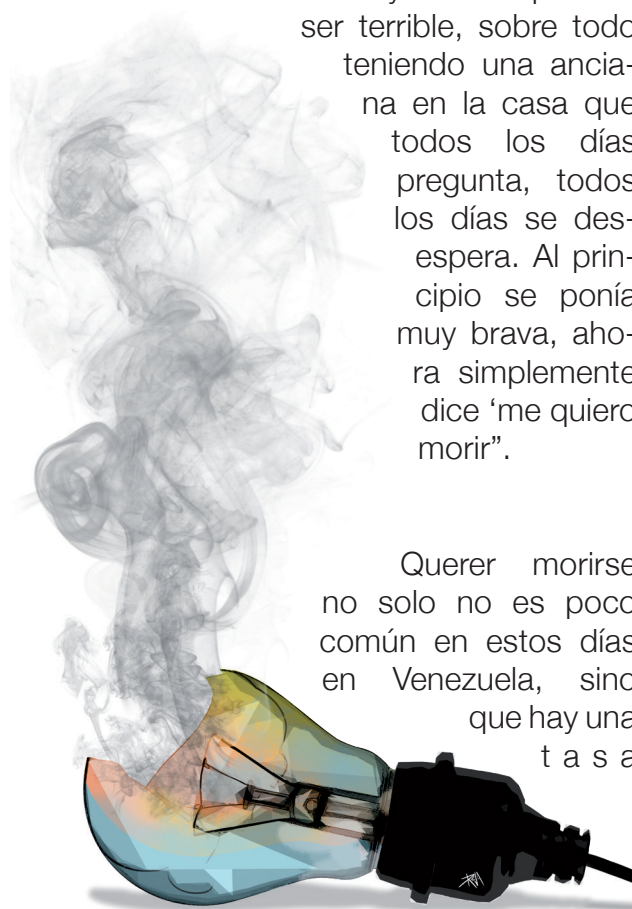
en Venezuela solo ocasionalmente tienen acceso al agua corriente. Según un sondeo del Programa Mundial de Alimentos de la ONU, para febrero de 2020, 40 por ciento de las familias encuestadas reportó interrupciones recurrentes en el abastecimiento y 25 por ciento no tenía acceso estable al agua potable.

Adiós luz, que te apagaste

“En mi circuito nos cortan la luz absolutamente todos los días. Esto produce una sensación de desesperanza, de aplastamiento, de reducción de tu ciudadanía, desmoralización acumulativa. En el Zulia llevamos ya 10 años -10 años- de racionamientos, de problemas eléctricos severos, pero ya todos sabemos que en lo que se acerca marzo, abril, cuando empieza a apretar el calor en Maracaibo, va a haber inexorablemente racionamiento, pese a lo que se diga al respecto.

Entonces tú ya sabes que va a ser terrible, sobre todo teniendo una anciana en la casa que todos los días pregunta, todos los días se desespera. Al principio se ponía muy brava, ahora simplemente dice ‘me quiero morir’.

Querer morir no solo no es poco común en estos días en Venezuela, sino que hay una
t a s a



muy alta de quienes deciden llevarlo a cabo. Según el Observatorio Venezolano de Violencia (OVV) la tasa de suicidios nunca antes había alcanzado niveles tan altos. Nueve o 10 de cada 100 mil personas se quitan la vida en Venezuela, como consecuencia de la crisis profunda que afecta al país.

“Los cortes eléctricos tienen otra deriva y otras dificultades. Cuando son muy largos no puedes hacer una cubeta de hielo en tu congelador, puesto que no hay el tiempo continuo suficiente de electricidad. No puede uno siquiera tomar agua fresca. No puedes tampoco comprar comida para almacenar porque no sabes si va a haber un corte que te haga perderla, como la perdimos durante los apagones de 2019. En épocas de cuarentena eso puede ser especialmente trágico, porque se supone que deberías restringir tus salidas. Uno preferiría, por profilaxis, salir a lo sumo una vez a la semana, pero no puedes hacerlo y tienes que exponerte con más frecuencia”.

“Por supuesto -acota- también los cortes eléctricos inciden en el entretenimiento. Si querías ver televisión, querías ver una película, no puedes hacerlo. Conectarte a internet es un problema. Incluso por datos móviles, es otro desafío cotidiano. En cuanto a las comunicaciones, es rara la vez que puedo tener una conversación telefónica fluida que dure más de tres minutos, sea vía Whatsapp, Skype o por llamada telefónica celular. Se corta, se oye entrecortado, o no se escucha en lo absoluto. Es realmente agotador. Esto acumula unos niveles de frustración que a veces pueden ser prácticamente insoportables”.

El fin de semana tuvo que llevar cargada a su perrita de siete kilos al veterinario, 10 cuerdas de ida y 10 cuerdas de vuelta, porque no había gasolina y no se podía movilizar en carro. Mientras atendía su mascota, la veterinaria recibió una video llamada de su hija, que vive en Arabia, con quien no había podido conversar en días, pero la llamada fue

un desastre. La mitad de la conversación fue me oyes no me oyes, me escuchas no te escuchas, te oigo entrecortado... y la mujer se echó a llorar.

Su relato es inconcebible para alguien que habita un país donde tener luz eléctrica, agua, transporte, comida y medicinas se da por sentado, pero para ella es un réquiem. En el siglo XXI vivir en estas condiciones está fuera de los estándares de derechos humanos. Es un golpe al corazón de la sociedad, y ella lo cuenta con lujo de detalle.

Cuando la emergencia es lo normal

“En el Zulia nosotros tenemos mucho tiempo -mucho tiempo- con problemas extremos para abastecernos de gasolina. Me refiero a que eso implicaba ya, desde hace mucho tiempo, hacer colas de diez hasta dos horas si eras extremadamente sortario. Era dedicar un día a surtir gasolina. Desde una semana antes de comenzar la cuarentena no pude. Maracaibo es una ciudad que no está diseñada para caminar. Muy poca sombra, aceras destruidas, grandes niveles de inseguridad. Por fortuna en mi urbanización tenemos más o menos en distancias caminables algunos supermercados, pequeños mercados, panaderías, ventas de verduras. Podemos más o menos hacer las compras a pie, pero la falta de gasolina implica que, ya antes del confinamiento, las visitas eran muy escasas a menos que vivas muy cerca de tus amigos y pudieran acordar un punto medio de encuentro”.

“Nosotros distinguimos entre bajones, racionamiento y apagones. Apagones cuando es general, cuando no estás en tu rango de racionamiento, sino que te das cuenta de que hubo alguna falla nacional, regional, de la ciudad, de algún circuito; los bajones refieren que tienes servicio eléctrico y de repente hay como una caída de voltaje y todos los protectores de tus artefactos se ponen en

rojo, no pueden arrancar y tienes que dejar lo que estás haciendo, por lo cual el tiempo de trabajo también es interruptus”.

“Los que hemos tenido esa posibilidad estamos armados de artilugios. Ventiladorcitos de mano recargables, y de éstos hay de toda clase. Bombillos recargables, que los pones en el socate de una lámpara y pueden seguir encendidos y durar de cuatro a seis horas sin electricidad. Acumuladores de energía para recargar celulares, que pueden durar de una a tres cargas de acuerdo al Power Bank que tengas. Luces o linternas que se cargan con energía solar. Mucha gente tiene de esto, aparte de los tobos, tobitos y tobetas que tenemos metidos en la casa para una emergencia. Y las casas, al final, van diseñándose para la emergencia. Colchonetas tiradas en la sala, personas que las tienen preparadas para subirlas al techo cuando se va la luz porque es la única manera de medio tener una brisa que te ayude a dormir, y todo se va acondicionando simplemente para una emergencia que ya es la cotidianidad”.

El efectivo desapareció

“Yo estoy jubilada desde hace algunos años, y ya en los últimos tiempos en los que iba a la universidad, lo hacía en mi carro que todavía funcionaba más o menos confiablemente. El problema eran mis alumnos, porque en Maracaibo tenemos años -años- con problemas para acceder al dinero en efectivo. Por ejemplo, tú tenías que comprar efectivo. Y te digo en pasado porque ahora, con una

pandemia y un confinamiento eso ni siquiera es un problema: los bancos no están abiertos, los cajeros automáticos no dan plata y además la plata venezolana ya prácticamente no sirve para nada. Aquí casi todo se paga con dólares, y si hay luz e internet, por punto o pago móvil. Pero tenías que comprar bolívares en efectivo a bachequeros de dinero por mucho más de su valor. Tú les hacías una transferencia

y ellos te lo daban. La gente, con eso, podía por ejemplo montarse en un carrito por puesto [transporte público] y llegar a su sitio de trabajo. Por fortuna yo no tenía la acuciosa necesidad de ponerme en el efectivo, pero mis alumnos sí. A los jubilados y pensionados les pagaban esos montos miserables (y por partes) en metálico, aunque a veces esos billetes eran de baja denominación y aquí en Maracaibo nadie los aceptaba. Ni los comercios, ni los carritos ni nadie,

porque ocupaban demasiado espacio (y esta parte nunca la entendí, había un comercio de dinero venezolano que iba hacia Colombia y por alguna razón el efectivo era rentable). Antes de la pandemia, yo lo que hacía era irme a mi banco, donde daban la cuantiosa suma de 50 mil bolívares diarios [hoy 25 centavos de dólar]. Tenías que ir todos los días a retirarlos por si alguien iba a viajar y había que pagar el taxi, o para cualquier otra cosa que se necesitara”.

“En cuanto a dar clases por internet en el contexto de la pandemia, no me ha tocado



porque estoy jubilada, pero yo establecía con mis alumnos planes de contingencia porque era frecuente que suspendieran clases bien porque estuviera tomada la universidad, se robaran todo, en fin, lo que fuera. A través de grupos en el celular, generalmente de SMS porque no todos tenían teléfono inteligente, les giraba instrucciones y llegábamos a ciertos acuerdos. Luego me enviaban trabajos por email cuando podían ir a un ciber. Así trabajábamos remotamente en las muchas interrupciones que teníamos”.

“Pero si yo tuviera que dar clase hoy en día por internet, no podría porque es una conexión totalmente inestable. Es un servicio caro, que se paga en dólares, y aun así es inestable y no se puede confiar en eso”.

Es un círculo perverso. Agua-luz-internet-gasolina. La rueda de la escasez, del sobre precio y el bacheo. En eso se traduce la vida en Maracaibo según la escritora.

“El gobierno regional obligó a los comercios a poner plantas eléctricas ya desde hace años, bajo el argumento de que ‘esto va para largo, ustedes son responsables de su propia generación de electricidad’, pero la gente comenzó a instalar también plantas en sus casas y el concierto ensordecedor era un ingrediente más para la locura de los apagones. Porque no solamente era el calor, sino también el ruido espantoso de las plantas, y el olor a combustible. Hoy en día esas plantas ya no están prendidas porque no hay gasolina”.

El imposible propósito de leer

En relación a cómo se han modificado sus hábitos, expresa claramente que su estado de ánimo ha cambiado sus rutinas de lectura. Ella leía un promedio de dos libros a la semana y ha dejado de hacerlo porque no se puede concentrar. Son tantos los obstáculos para resolver la vida cotidiana que la individualidad

se va constriñendo, y asuntos como leer se van haciendo incluso poco apetecibles.

“Ya a mediados del año pasado el problema eléctrico tuvo un impacto especial e hizo que de repente me dejara de interesar la lectura. Estoy retomando el hábito, pero leo poco. En las noches, que es cuando más leía, ahora no puedo hacerlo por el racionamiento eléctrico. Y aunque tengo esos bombillos, debo invertir las noches en tratar de calmar a mamá para que no se desespere, y eso también modifica mis prioridades”.

“Hace unos tres años no voy al cine. Primero, porque no hay gasolina para llegar al cine, y además a veces no funcionan los puntos de venta, no hay efectivo, el estacionamiento hay que pagarlo en cash y le robaron la batería a fulanito. O podría ir al Teatro Baralt, pero tampoco tengo efectivo para el estacionamiento y está lejos de mi casa. Y cuando salimos ya es de noche y no hay iluminación pública. De pronto algún reflector que ha puesto un edificio, una casa que está iluminada y da un poquito de luz hacia la calle. Si se te pincha un caucho ya sabes que entras en un momento de gran, gran peligro”.

“Juego cartas con mamá, parchís, a veces hago rompecabezas. Cuando tengo la suerte de poder conversar con algún amigo, me río. Después me invento algunas cosas como dibujar, aprender a coser, en fin, ver películas, ver series cuando puedo o a veces porque me las paga alguien, o a veces un DVD viejo que hay por ahí, y ese es el entretenimiento con el que trato de apañarme la vida para que no sea tan oscura”.

“¿Qué me perturba? El estado deplorable del mobiliario urbano. En Maracaibo las aceras son una grieta permanente. Antes de la pandemia me perturbaban mucho los carros estacionados encima de la acera, porque les da la gana, porque no hay ley, porque estamos completamente en manos de quien sea.

El estado deplorable de las calles. Me perturbaba horriblemente la cantidad de basura que puede llegar a acumularse, el mosquero que se desprende de esa basura y llega a tu casa todo el tiempo”.

“Me perturba muchísimo -dice con vergüenza- la gente hurgando la basura. Eso tenía muchos meses que no lo veía a través de la ventana de mi casa, ahora lo veo todos los días desde que empezó el confinamiento. A veces familias enteras. Me perturban los derramamientos de aguas negras que encuentras a cada rato por la ciudad, pero también de aguas blancas, ese bien tan escaso”.

El silencio deprimido

“Me perturba el silencio deprimido de la ciudad. Me perturba que antes si tú estabas en una cola en el supermercado siempre había alguien riéndose, echando un cuento, ahora lo que consigues es un montón de gente callada con miradas hostiles o simplemente tristes”.

“Me perturba el Estado fallido, el saber que si pasa algo no cuentas con nadie. Eres ese bebé que no puede llorar o que ya no llora porque para qué. A mí me ha tocado en varias oportunidades, no tres ni dos, por ser insomne, asomarme de repente por las ventanas y ver a unos tipos metidos en el estacionamiento de mi edificio tratando de robarse una batería o los cauchos de un carro, y yo lo único que puedo hacer es dar gritos desde el balcón, pero sé también que no puedo llamar a la policía, porque no vendrá nunca. Sé que ellos, los ladrones, pueden perfectamente quedarse

mirando y seguir robando porque yo no puedo hacer absolutamente nada contra ellos. Estamos en estado completo de indefensión”.

“Me perturba esa sensación de que te estás quedando fuera de la historia, que el mundo progresa, pasan cosas, y tú estás encerrado en una imposibilidad.

Una cosa muy frustrante es cuando te empiezan a dar posibles soluciones a tus problemas y a ti te da mucha vergüenza estar diciendo todo el tiempo que eso no es posible, porque parece que fuera un emperre tuyo. ‘Bueno, pero ponte a aprender yoga’, y tú

dices ‘bueno, es que si hago yoga sudo y si sudo no me puedo bañar y la ropa que sudo no la puedo lavar’. Cómo les digo que no me alcanza la plata para un gimnasio y que no me compro ropa desde hace por lo menos seis años. El dinero que gasto es exclusivamente en comidas y medicinas, y si acaso en la reparación de algo urgente dentro de la casa, como la cocina o la nevera. ¿Cómo le explicas a alguien este nivel de miseria?”.

Por donde metes la cabeza te la trozan. Tratas de buscar soluciones, no puedes. Y a ti te da vergüenza que el otro te diga que estás muy negativo o estás muy deprimido, que no puedes ver las soluciones. Lo que en cualquier otra parte es sencillísimo, para uno es inviable. ‘Cambia de proveedor de internet’. No saben de lo que están hablando. Y uno detesta oírse a sí mismo siendo un manojo de quejas y cuando hablas con alguien de afuera y te pregunta cómo estás, optas por decir: ‘bien, bien, por aquí todos bien’.



Periodista, narradora, poeta y profesora jubilada de La Universidad del Zulia, por pudor prefiere mantenerse en el anonimato. Le avergüenza hacer pública su desventura en una ciudad que ya no es para humanos. Las cosas más sencillas, tanto como bañarse, abastecerse de gasolina, leer un libro bajo la lámpara y relajarse con una película son una bala perdida en la Maracaibo del siglo XXI